



The Long Game: China's Grand Strategy to Displace American Order

Rush Doshi

2021. Oxford University Press

336 páginas

ISBN: 978-01-9752-791-7



Andrea Betti

Universidad Pontificia Comillas

abetti@comillas.edu

Hay un debate que ha caracterizado la política estadounidense, por lo menos, desde los años treinta del siglo XX: ¿es Estados Unidos una potencia en declive? En los años treinta, la Gran Depresión económica difundió en la sociedad una fuerte percepción de declive. En los años cincuenta el lanzamiento en el espacio del Sputnik por parte de la Unión Soviética hizo saltar las alarmas en Washington sobre un posible adelantamiento de la potencia rusa en términos tecnológicos y militares. En los años setenta, las tensiones internas provocadas por la violencia política, el fracaso de la guerra en Vietnam y la estanflación marcaron la tercera ola de esta percepción de declive. Finalmente, la cuarta se dio en los años ochenta, cuando Japón y Alemania parecieron estar en condición de adelantar a Estados Unidos desde el punto de vista económico. Curiosamente, en ninguno de estos casos hubo una correspondencia entre percepciones y hechos. Estados Unidos salió con éxito de la Gran Depresión, gracias a las políticas económicas del Presidente Franklin Delano Roosevelt. La Unión Soviética nunca llegó a alcanzar a Estados Unidos como potencia tecnológica y militar. La crisis política y económica de los años setenta no significó el fin de la hegemonía estadounidense y, a pesar de las expectativas, Alemania y Japón no adelantaron su economía.

Hoy en día, Estados Unidos vive una quinta ola de “declinismo”. Hay analistas que explican este supuesto nuevo declive de Estados Unidos apuntando a sus problemas

internos, sus populismos y su incapacidad de reformar el sistema (Kupchan, 2002; Zakaria, 2008). Según otros, la razón del declive residiría en los recientes excesos de la potencia estadounidense, por ejemplo, la intervención unilateral en Iraq, que ha deteriorado su legitimidad e imagen internacional (Finnemore, 2009). Sin embargo, la mayoría de los expertos, sobre todo de corte realista, achacan el declive de Estados Unidos a una redistribución del poder internacional. Inspirados por la monumental obra del historiador Paul Kennedy sobre el ascenso y declive de las grandes potencias como resultado del alternarse de fases de crecimiento y estancamiento económico (Kennedy, 1987), muchos autores han señalado que las tasas de crecimiento del poder entre países suelen ser desiguales. Por ejemplo, diferentes capacidades de innovación tecnológica pueden determinar la hegemonía de los unos o el declive de los otros (Layne, 1997 y 2012). Esto haría casi inevitable el surgimiento de nuevas potencias que tienen la capacidad de reequilibrar el poder de la potencia líder y desafiar su hegemonía (Waltz, 2000). En este sentido, la razón principal de esta renovada percepción de declive de Estados Unidos sería el espectacular crecimiento económico, político y militar de China, cuya magnitud es considerada sin precedentes por muchos expertos (Allison, 2017).

Aunque no trate directamente del declive de Estados Unidos, hay un reciente libro que puede ser de gran ayuda para entender el futuro de las relaciones entre China

y Estados Unidos y para vislumbrar una posible estrategia de coexistencia entre las dos potencias. Se trata de *The Long Game: China's Grand Strategy to Displace American Order*, de Rush Doshi. Resultado de su tesis doctoral en la Universidad de Harvard, el libro se ha convertido inmediatamente en un superventas, aclamado por expertos en Relaciones Internacionales y líderes políticos. No casualmente, Doshi es hoy en día el responsable para China del Consejo de Seguridad Nacional de la Administración de Joe Biden. El libro puede ya ser considerado un must-read en la amplísima literatura sobre las relaciones entre China y Estados Unidos, junto a obras clásicas como *On China*, de Henry Kissinger (2011) o *Destined for War* de Graham Allison (2017).

Entre los muchos méritos de Doshi, cabe destacar, principalmente, dos. En primer lugar, Doshi nos lleva a un interesantísimo viaje desde el punto de vista de China, tomándose en serio la necesidad de entender las percepciones de sus líderes y rompiendo con la costumbre de muchos analistas de estudiar las relaciones entre China y Estados Unidos únicamente desde el punto de vista estadounidense. En segundo lugar, el libro se basa en un impresionante análisis de miles de fuentes, tanto oficiales como clasificadas, de los líderes políticos de China desde Deng Xiaoping hasta la actualidad. Este enfoque discursivo no hubiera sido posible sin el profundo conocimiento del autor de la lengua y cultura china, así como de las complejidades de la filosofía y el *modus operandi* del Partido Comunista. De esta manera, Doshi nos permite entender la evolución, los cambios y las continuidades en la percepción de la política internacional de los líderes chinos y su paciente labor de construcción estratégica a lo largo de más de cuarenta años de historia.

Como el autor documenta, China pasó de ver a Estados Unidos como un potencial aliado durante la Guerra Fría, especialmente a partir de la diplomacia de Richard Nixon, a concebirlo, primero, como una amenaza existencial a sus intereses y, luego, como un competidor al que se puede adelantar.

El primero de estos dos momentos se dio al final de la Guerra Fría, cuando los líderes chinos se quedaron profundamente impresionados por tres eventos que cambiaron radicalmente su percepción sobre la peligrosidad de Estados Unidos (capítulo 3): las críticas de Estados Unidos y sus intentos de injerencia después de la masa-

cre de Plaza Tiananmén (1989); la facilidad con la cual Estados Unidos derrotó a Iraq en la primera guerra del Golfo (1990-1); y el colapso de la Unión Soviética (1989-90). A partir de ahí, China abandonó cualquier ilusión sobre la posibilidad de una colaboración con Washington y empezó a desplegar una estrategia finalizada a despuntar (*blunting*) y obstaculizar, a través de tácticas asimétricas, un poder de Estados Unidos que se percibía como todavía muy superior. Desde el punto de vista militar (capítulo 4), esto significó una inversión en armamentos que limitaran la capacidad de Estados Unidos de patrullar el Océano Pacífico, como los submarinos, las minas marinas y los misiles antibuque, en lugar de invertir en armamentos más claramente ofensivos, como los portaviones, considerados poco útiles contra un enemigo superior. Desde el punto de vista político (capítulo 5), esto significó una estrategia sistemática de afiliación a las principales organizaciones internacionales dominadas por Estados Unidos, por ejemplo, APEC (Asia-Pacific Economic Cooperation), con el objetivo de mermar su funcionamiento y de seducir a los aliados de Washington en Asia. Finalmente, desde el punto de vista económico (capítulo 6), la estrategia consistió en asegurarse el acceso al mercado estadounidense y en garantizar las inversiones de sus empresas en China, sobre todo, a través de su entrada en la Organización Mundial del Comercio. Estas tres patas formaban parte de una idea, resumible en el eslogan “hide capabilities and bide time” (“esconde tus capacidades y espera tu momento”), que indica la necesidad de aumentar el poder de China de manera discreta, no asertiva, sin poner en alerta ni a Estados Unidos ni a sus aliados en Asia.

El segundo momento de cambio se dio a partir de 2008, cuando los líderes chinos interpretaron eventos internacionales, tal como la crisis financiera, el Brexit o la elección de Donald Trump, como síntomas del declive de Estados Unidos y de sus principales aliados (capítulo 7). Del “esconde tus capacidades y espera tu momento”, el eslogan dominante pasó a ser “actively accomplish something” (consigue algo de manera activa). China se volvió mucho más asertiva, confiando en su capacidad de construir un orden mundial alternativo al de Washington y de crear las condiciones para una “comunidad de destinos” en Asia, basada en una alianza entre pueblos y estados asiáticos bajo liderazgo chino. En términos militares (capítulo 8), esto significó invertir en armamen-

tos y estrategias más claramente ofensivas: portaaviones, buques anfibios, bases militares en el extranjero, e intervenciones militares en otros países, con el objetivo de garantizar sus intereses políticos y económicos. En términos políticos (capítulo 9), la nueva estrategia consistió en construir un orden regional en Asia, para que China pudiera convertirse en el líder hegemónico, transformándose en proveedora de bienes públicos internacionales, construyendo nuevas normas internacionales afines a sus intereses y aislando a Estados Unidos y a su principal aliado en Asia, Japón. En su propia versión de la Doctrina Monroe, China empezó a presentar sus intereses como los intereses de todos los países y pueblos de Asia, asegurándolos mediante la creación de nuevas organizaciones internacionales, por ejemplo, la AIIB (Asian Infrastructure Investment Bank). Finalmente, desde el punto de vista económico (capítulo 10), la estrategia consistió en lanzar una serie de ambiciosos proyectos, para integrar a una multitud de países en su propio modelo de desarrollo, con el fin de construir una interdependencia económica que hiciera coincidir sus intereses con los de otros estados y para disminuir la influencia del dólar estadounidense como moneda dominante. Los ejemplos principales de esta estrategia económica han sido, hasta la fecha, el OBOR (One Belt, One Road), basado en proyectos de inversiones masivas en Asia, África y Europa; y la creación de un entorno financiero más multilateral y menos basado en el dólar, por ejemplo, mediante la promoción del Renminbi, la creación de agencias de rating alternativas a las occidentales o el intento de sustituir la red internacional de comunicaciones financieras Swift.

En la última parte del libro, el autor analiza las posibles estrategias que Estados Unidos podría emprender para contener la nueva asertividad de China. Descartando la posibilidad de una guerra que perjudicaría al planeta entero, Doshi se muestra particularmente escéptico frente a la posibilidad de encontrar una conciliación con China. Beijing no tiene intención de abandonar su proyecto hegemónico. Al mismo tiempo, el autor rehúye de las tentaciones de los halcones que proponen una subversión del régimen, no solo porque tendría posibilidades de éxito muy escasas, sino también porque crearía una peligrosísima situación de inestabilidad interna en un país dotado de armas nucleares. Por estas razones, el autor se muestra partidario de aceptar el crecimiento de China como un hecho, frente al cual es más inteligente elaborar una

estrategia parecida a la que Beijing llevó a cabo a partir del final de la Guerra Fría. Es decir, una estrategia finalizada a despuntar el poder de China, evitando enfrentamientos directos y limitando sus intentos de transformar su gran poder en un nuevo orden mundial.

De esta manera, Doshi proporciona un marco interpretativo sólido para entender el presente de las relaciones entre China y Estados Unidos. Reutilizando un famoso argumento, elaborado por Samuel Huntington a finales de los años ochenta (Huntington, 1988), Doshi invita a recuperar ese espíritu de “autorrenovación” que ha caracterizado Estados Unidos en muchos momentos de su historia. Para frenar el declive, lo más sensato es reformar el país a nivel interno y hacerlo más competitivo a nivel internacional, volviendo a invertir en aquellos sectores que solían ser sus puntos de fuerza: educación, tecnología, industria. Este esquema argumental es particularmente útil, porque permite, por un lado, evitar los radicalismos de aquellos que ven la confrontación directa como la única salida y, por otro lado, evitar las ilusiones de aquellos que subestimaron a China, creyendo que se conformaría con integrarse en el sistema de normas y valores occidentales.

Referencias

- Allison, G. (2017). *Destined for War: Can America and China Escape Thucydides' Trap?* Houghton Mifflin Harcourt.
- Finnemore, M. (2009). Legitimacy, Hypocrisy, and the Social Structure of Unipolarity. *World Politics*, 61(1), 58-85. <https://doi.org/10.1017/S0043887109000082>
- Huntington, S (1988). The U.S: Decline or Renewal? *Foreign Affairs*, 67(2), 76-96. <https://doi.org/10.2307/20043774>
- Kennedy, P. (1987). *The Rise and Fall of the Great Powers*. Random House.
- Kissinger, H. (2011). *On China*. Penguin Press.
- Kupchan, C. A. (2002). *The End of the American Era: U.S. Foreign Policy and the Geopolitics of the Twenty-First Century*. Alfred A. Knopf.
- Layne, C. (1997). *From Preponderance to Offshore Balancing: America's Future Grand Strategy*. In-

- ternational Security, 22(1), 86-124. <https://doi.org/10.1162/isec.22.1.86>
- Layne, C. (2012). This Time It's Real: The End of Unipolarity and the Pax Americana. *International Studies Quarterly*, 56(1), 203-213. <https://doi.org/10.1111/j.1468-2478.2011.00704.x>
- Waltz, K. (2000). Structural Realism after the Cold War. *International Security*, 25(1), 5-41. <https://doi.org/10.1162/016228800560372>
- Zakaria, F. (2008). *The Post-American World*. W. W. Norton & Company.



DIRECTOR DE LA REVISTA | JOURNAL EDITOR
CONSEJO DE REDACCIÓN | EDITORIAL BOARD
CONSEJO ASESOR | ADVISORY BOARD
DIRECTRICES PARA AUTORES | AUTHOR GUIDELINES